

María ha sido preservada de la mancha original: no han podido germinar en su alma los abrojos, las espinas, las mal sanas y vergonzosas plantas que deshonran nuestras almas.

BELLEZA DE MARÍA.

La Virgen María fué preservada, desde el instante de su concepción, de la mancha de origen.

El pecado original consiste en la privación de la justicia y de la santidad con que Dios había dotado á la naturaleza humana, y en el retorno de ésta á sus principios esenciales.

Es, pues, evidente, que para que la creatura quede preservada de la culpa de origen, se necesita la infusión, en ella, de una gracia que la res-tablezca en el estado, singularmente privilegiado, en que el primer hombre saliera de la mano de Dios.

Guardar y embellecer, dice el P. Monsabré, son dos actos conexos del Verbo de Dios, al preparar su morada terrestre.

Había preservado á la Virgen en su concepción

de la primera culpa: era preciso también que la embelleciera con dones singulares.

Todas las bellezas de María están, en germen, en una primera gracia de inocencia y de santidad.

Esa primera gracia es de una excelencia incomparable.

“Es manifiesto, dice Santo Tomás, que cuanto más se acerca un ser á su principio, más participa de la eficacia de ese principio.”

“Por eso, agrega Santo Tomás, que los ángeles están mejor dotados que los hombres, porque están más cerca de Dios.”

La Virgen María está más cerca de Dios, que los ángeles: era la Virgen predestinada para revestir con su carne al Verbo de Dios y para llamarle su hijo.

La Virgen estaba cerca del Padre, porque virtualmente participaba de la generación paterna del Verbo de Dios; estaba ligada con el Hijo, porque era la madre del Verbo, y era el Santuario del Espíritu Santo, porque él realizó en su seno la formación del cuerpo que había de tomar la divinidad.

La Virgen no solamente mantiene con la Trinidad divina esas augustas relaciones que tanto la

acercan á su principio, y que la hacen, en consecuencia, participar más ampliamente de su eficacia; tiene otras que conducen al mismo fin.

El Padre, el Verbo y el Espíritu, aun cuando en uno respecto del otro, haya anterioridad de principio, hay igualdad de sustancia y de naturaleza.

Toda su divinidad suprema circula en sus relaciones.

Pero desde el momento en que María concurre á la Encarnación del Verbo, este Verbo, por la naturaleza humana que reviste de María, de igual que era á su Padre, se hace, su inferior, su súbito, su adorador.

Así es que, en retorno de la grandeza que el Padre da á María, asociándola á su generación, María procura al Padre una gloria nueva, dándole autoridad sobre su Hijo.

Porque esta autoridad que María tiene sobre su Hijo, el Padre no la tenía antes de ella, y no la tiene más que por ella.

Un mismo instante, dice Augusto Nicolás, un mismo *fiat* da principio á la autoridad de María y á la autoridad del Padre Eterno, sobre su Hijo, y se puede decir de este Hijo, con relación á

María y al Padre celeste, lo que de él se dice con respecto á José y á María, *que estaba sujeto á ellos.*"

Es decir, María encuentra manera de agrandar la gloria del Padre, le da lo que antes no tenía.

Bien pudo exhalar de sus virginales labios esta palabra que revela, con exactitud, esa misión de la Inmaculada Virgen: *Magnificat anima mea Dominum.*

La palabra *Magnificat*, significa, propiamente, agrandar, hacer grande, y María así lo hizo; hizo crecer la gloria del Padre.

El Hijo de Dios, antes de encarnarse en el seno de María, tenía en sí mismo, la gloria, como Hijo de Dios.

Por la Encarnación, por María, va á tener esta misma gloria, como Hijo del hombre. Como Hijo de Dios no podía dejar de tener esa gloria. Pero como Hijo del hombre, salido de Adán, cargado con los pecados del mundo, un gusano, como él mismo lo dice, por labios de su profeta, *Vermis sum et non homo*, ser glorificado, en esa humana naturaleza, con la misma gloria que corresponde á su divinidad; ver que á su nombre se dobla toda rodilla, en los cielos, en la tierra

y en los abismos; desprenderse el Padre celestial, en favor de ese Hijo del hombre, del poder de juzgar para entregarlo á él, á fin de que todos honren al Hijo, como honran al Padre, es una gloria que antes no tenía la Trinidad Augusta; es una gloria incomparable.

A María se debe esta gloria nueva.

Ella puede decir, con respecto al Hijo, como decía respecto del Padre: *mi alma engrandece al Señor.*

No menos gloria da al Espíritu Santo.

La fecundidad es una perfección.

El Padre fué fecundo, engendrando al Hijo: el Padre y el Hijo lo fueron, produciendo al Espíritu Santo.

Y el Espíritu Divino, igual en perfecciones al Padre y al Hijo, ¿dejará de ser fecundo? ¿Dejará de ser el principio de alguna producción personal?

Esto sería imposible.

La Virgen es el medio para que el Espíritu Santo sea fecundo: él produce al Hijo de Dios, hecho hombre; por su operación se concibe el Verbo en el seno de María.

Por ella el Espíritu Santo adquiere sobre el

Hijo, en su humanidad, una autoridad que no tiene sobre él en su divinidad.

Esa autoridad se hizo visible en el bautismo de Cristo, cuando los cielos se abrieron y el Espíritu de Dios descendió sobre él como una paloma.

Autoridad que no es solamente de origen, como que es el principio del ser humano de Cristo, sino que es también una autoridad de poder y jurisdicción, como lo ponen de manifiesto estas palabras del mismo Salvador: "El Espíritu del Señor está sobre mí, por lo cual me ha consagrado con su unción y me ha enviado á evangelizar á los pobres. 1

A la humanidad del Verbo, y, en consecuencia, á María, debe el Espíritu Santo ser el autor de la grande obra de la Iglesia, que no es más que la continuación de la Encarnación.

A ella debe también el producir, á la gracia y á la gloria, el mundo universal de los elegidos.

Así, pues, María, resumiendo en breve frase, ha procurado: al Padre, un cetro y un imperio sobre su Hijo; al Hijo, una humanidad de que se sirve para hacer prodigios de poder y de bondad y en la que recoge una gloria incomparable;

(1) S. Luc. IV.—18.

al Espíritu Santo, una autoridad sobre el Hijo de Dios que no puede tener más que por ella y una fecundidad creadora que, después de haber renovado la faz de la tierra, vivifica con su inspiración á la Iglesia, la sostiene y la lleva hasta la eternidad á través de los siglos.

Tan cercana á su principio, María tenía que participar de su eficacia más que ninguna otra creatura.

“El eterno y justo distribuidor de las gracias, dice Arnoldo de Chartres, ha condensado en María, en cierto modo, todos los dones que ha hecho y ha de hacer á sus santos, para que fuesen el primer ornamento de la más querida para él de todos los predestinados.”

“Todo el poder de la Redención, dice San Bernardo, quedó en María y le confirió tal plenitud de gracia, que los esplendores del cielo y de la tierra desaparecen ante el esplendor que ella irradia.”

“Dios, dice Santo Tomás, hizo de ella la imagen infinita de su bondad.”

Esa gracia primera, concedida á la Virgen, ilumina su inteligencia, y si no le comunica la ciencia universal de las cosas naturales, que debía te-

ner el primer hombre para enseñar y gobernar al género humano, la prepara á las más altas revelaciones y á un conocimiento más profundo de los misterios eternos; le da más firmeza en la contemplación de las cosas sobrenaturales y más aptitud para la intimidad divina; hace en ella más fáciles y más dulces, las delicadas y perfectas operaciones de la vida mística, y la establece, más inquebrantablemente, en la posesión de la verdad contra los asaltos de los fantasmas interiores, que son la causa de los yerros y de las decepciones humanas.

Esa gracia fortifica su voluntad, la dirige y la hace tener sus pendientes hacia virtudes que nadie igualará jamás.

Esa gracia emancipa su libertad y encadena las fuerzas inferiores, las somete al imperio absoluto de la razón y les prohíbe que se anticipen á sus designios, que turben sus consejos, que resistan á sus órdenes y que impidan ninguno de aquellos movimientos por los cuales el espíritu y el corazón se elevan hacia las cosas celestiales para gustarlas deliciosamente.

Esa gracia que ha labrado de este modo, por decirlo así, el alma de María, la más perfecta que

ha salido de las manos de Dios, esculpe, según la expresión de un piadoso escritor, un cuerpo virginal, en que la vida va á hacer que broten, dice el P. Monsabré, las fuentes inmaculadas de la Redención; un cuerpo digno de ser fecundado por la virtud del Espíritu Divino, y que sirva de templo á la majestad del Verbo; un cuerpo que penetrará con su vida, que revestirá con sus gracias y sus encantos al más hermoso de los hijos de los hombres; un cuerpo cuya voz melodiosa, cuyas piadosas palpitaciones, cantarán, mejor que el arpa de los serafines, las alabanzas del Altísimo; un cuerpo cuya misteriosa y casta belleza, reflejando las perfecciones del alma y la gloria misma de su huésped divino, hará soñar á los poetas, inspirará á los artistas, seducirá á las vírgenes y arrebatará á los santos; un cuerpo cuyos elementos incorruptibles resistirán en la tumba á las fuerzas de destrucción, que descomponen toda carne, reduciéndola á seco polvo.

La carne inmaculada de María queda abierta á las invasiones del sufrimiento y de la muerte; pero no es porque la gracia, que en ella habita, carezca de los privilegios de la impasibilidad y de la inmortalidad.

Queda sujeta al dolor y á la muerte, por un designio divino: para hacerse una fuente fecunda de gloria y de méritos que se agregarán al tesoro de la Redención.

Preparada la naturaleza de la Virgen con una primera gracia de perfección y de santidad, cuya excelencia es maravillosa y cuya efusión es incomparable, al eco de la palabra eterna, los gérmenes divinos, depositados en su alma, producen flores de perfume celeste, que embalsaman el Paraíso á que ha de venir el Verbo de Dios.

María, llena de gracia, queda igualmente llena, por una plena efusión, de todos los dones del Espíritu Santo, que perfeccionan esa alma y ese cuerpo, obra maestra de la Sabiduría divina.

Todas las virtudes, como flores preciosas, se entreabren en el corazón de la Virgen y envían al cielo sus perfumes.

“Todo lo que fué perfección, dice Santo Tomás, debió aparecer en la bienaventurada Virgen.”

La fe, abrevada de la luz de la contemplación; la esperanza, concentrando en ella todos los de-

seos de la humanidad hambrienta de redención; la caridad, ahondando en su corazón, que era el corazón de nuestra futura madre, abismos de misericordia en donde habrán de refugiarse todos los pecadores de la tierra.

En aquella alma tenía que brillar la prudencia, tan delicada que habría de turbarse á la llegada de un ángel; la justicia, prosternada ante Dios en adoración continua; la fuerza, ensayándose bajo los velos de la debilidad, para los combates que le estaban reservados y que la harían quedar de pie sobre una colina empapada en la sangre de su Hijo; la templanza, desprendida de toda cosa terrestre, para no buscar más que los castos placeres de la gracia.

“María, dice San Ambrosio, era de corazón humilde, de palabra grave, de juicio prudente, sobria en el hablar, consagrada á la lectura, pudorosa y reservada en sus menores palabras, atenta á todos sus trabajos, acostumbrada á buscar el juicio de Dios más bien que la opinión de los hombres. A nadie lastimaba, á todos hacía bien, respetaba lo que era grande y, sobre todo, la santa majestad de los años. Nada afectado había en su mirada á la vez modesta y franca, nada atrevido

en el acento de su voz, nada inconveniente en sus acciones: su gesto era suave, su andar tranquilo, su voz armoniosa; era su cuerpo la imagen de su hermosa alma, en la que podía verse la encarnación de la pureza; imponente y venerable en su porte, ella misma era su custodio y al verla andar más bien que seguir la huella de su virgínea planta, se veía el grado de virtud que acababa de alcanzar: todo lo que hacía era una enseñanza. Practicar la virtud era en ella menos un ejercicio, que una lección que daba al mundo.”

He aquí descrita por mano maestra la imagen de María, de la Virgen oculta que aguardaba el cumplimiento de las promesas hechas al género humano.

El Paraíso de la Encarnación está preparado.

“Oasis, dice el P. Monsabré, en medio del triste desierto á donde el río de la redención producirá en breve la vida.”

“Los tiempos están llenos de tinieblas y de errores, pero en ese paraíso todo es luz y verdad; los tiempos están llenos de vicios y de crímenes, pero en ese paraíso todo es virtud y perfección; los tiempos están llenos de inquietudes y deseos, pero en aquel paraíso todos esos deseos de la raza

humana se concentran en una sola aspiración fervorosa y tranquila; los tiempos están llenos de promesas, pero en ese paraíso germinan, entre los castos esplendores de la pureza, la carne y la sangre del Redentor prometido; los tiempos están llenos de prodigios, pero en aquel paraíso se ostentará el prodigio supremo; los tiempos están llenos de catástrofes, pero en aquel paraíso todo es paz para recibir al rey de la paz."

Cristo era la perfección hecha hombre: tipo único cuya vida, cuya muerte, sobre todo, expuesta á las miradas de la naturaleza humana, en la cima del Calvario, les servía de ejemplar y de modelo.

Ese tipo, ese ejemplar de humildad y paciencia, de resignación y de sacrificio, de obediencia y de perdón á las injurias, era un tipo divino: "Si la vida y la muerte de Sócrates, decía con razón Rousseau, son de un sabio, la vida y la muerte de Jesús, son de un Dios."

Entre la santidad increada del Verbo hecho hombre, que es nuestro tipo, y la debilidad de nuestra frágil naturaleza, arrastrada siempre al desaliento y á la culpa, era necesario, en la economía general del plan divino, un modelo de san-

tidad creada que, semejante á nosotros, estuviese más al alcance de nuestra imitación.

Eso está hecho en María.

"María, dice Augusto Nicolás, no es santa como los otros santos en quienes la santidad es más ó menos humana por cualquier lado: la santidad de María es absolutamente sobrehumana, sobreangélica; sobrepasa toda proporción, toda concepción, se pierde en elevación, en una especie de infinito; aunque ella es finita, con relación á lo infinito y aunque creada con relación al Creador, constituye una jerarquía única, que es la segunda, después de la soberana jerarquía de la Trinidad augusta."

Es María una criatura universal que sirve de modelo y de transición á la naturaleza humana, para elevarse de su condición caída hasta Jesucristo, por la imitación de esa mujer incomparable, como se levanta hasta Dios, por la imitación de Jesucristo.

María es el modelo que debe copiar la humanidad para su regeneración y para alcanzar la santidad que vino á ofrecerle su Hijo divino.

La mujer, por la influencia que ejerce en el mundo, es un poder inmenso, y lo es por la fuer-

za que subyuga más que todas, es decir, por la fuerza de la debilidad, de las gracias y del encanto.

Ella es la que hace, al hombre, en el niño la que después le toma como hermana, á poco; como esposa, y siempre como mujer.

Ella es la que hace ó destruye las casas, las sociedades, las costumbres.

Ella fué la que en sus orígenes, perdió al género humano: ella es la que debía repararlo.

La pureza es la que da á la mujer incomparable poder: la que hace que sea dos veces hermosa.

Así lo afirma el Espíritu Santo, cuando dice: "La mujer santa y pudorosa, tiene gracia sobre gracia."

En el mundo antiguo, la virginidad tenía en contra suya el deshonor de la esterilidad, y por esa cedía el paso á la maternidad, que produce y perpetúa.

La virginidad ha sido siempre considerada como el más santo testimonio de integridad.

Así es, que la virginidad quedaría privada del honor de la maternidad, y la maternidad quedaría privada del honor de la virginidad.

"La Sabiduría divina, resolvió la dificultad, dice Augusto Nicolás, por la admirable alianza de la virginidad y de la maternidad en la Virgen María."

En ella, y por ella, en las costumbres modernas, la maternidad y la virginidad, se penetran recíprocamente y se dan recíprocamente lo que les falta.

La maternidad ha sido honrada con la virginidad de María, y la virginidad por su maternidad: de este modo, toda mujer ha sido bendita en aquella que lo fué entre todas las mujeres.

Y no solamente han sido benditas en ella, sino que las ha elevado á su virginal maternidad.

"La maternidad cristiana, continúa diciendo Augusto Nicolás, lleva impreso el sello de una pureza moralmente virginal, y la virginidad lleva el de una fecundidad moralmente materna."

La virginidad cristiana no es estéril: engendra á Jesucristo en las almas, por el apostolado de la fe: le hace vivir en los cuerpos por el apostolado de la caridad.

"Nuestras vírgenes cristianas, son las hermanas, las madres de todos los que sufren, y son, con frecuencia, más madres que las madres naturales: continúan el oficio de la maternidad divina."

“La maternidad cristiana, por su parte, no es menos virginal por la gracia del sacramento del matrimonio, que la hace cumplir sus fines sin perjuicio moral de la pureza, y que le hace producir y cultivar frutos para el cielo: continúa el oficio divino de la angélica virginidad de María.”

María es el tipo hermoso de la mujer: Ella recibió el privilegio único é inaudito, incomprendible al espíritu humano, admirable para el cielo y para la tierra, de unir la virginidad con la maternidad.

María es virgen, y por eso es madre: es madre, y por eso es virgen.

El que es la santidad infinita, la integridad esencial, la virginidad misma, el que hace la santidad y la integridad en sus criaturas, ha debido hacer á su madre, virgen en el más alto grado.

La concepción del Verbo, que es la virginidad misma, el alumbramiento de ese Verbo, que es la pureza esencial, han debido poner el sello á la augusta virginidad de María, lejos de atentar á ella.

Pero si la pureza de María, es un privilegio que reviste de encanto su belleza, no es ella la que

más obra sobre el cielo para atraer á la tierra al Verbo Divino.

Más que el perfume del lirio, que se exhala de su virgineo corazón, lo que ejerce una influencia decisiva, para que descienda á la tierra el Verbo de Dios, es su humildad sublime.

El mundo estaba hundido en las degradaciones más vergonzosas, por la impureza que carcomía su vida.

La Virgen, tipo de la pureza y de la pureza maternal, levanta á la mujer y salva al mundo.

El mundo estaba sumergido en esas degradaciones, por la soberbia: la soberbia, que fué el primer pecado, le había hundido.

La Virgen tiene que levantarlo por la humildad.

La humildad es virtud, es gloria, es verdad, es fuerza, es pureza, es amor.

La humildad es todo, cuando su propio carácter es querer ser nada.

Es una virtud, porque es el trabajo de hacer el vacío del alma, dejarla sin el amor de ella misma para que la ocupe Dios, para quien fué hecha.

Es una gloria, porque el que logra humillarse, ha de ser levantado á excelsas alturas.

Es una felicidad, porque todo en el hombre es

tá hecho para que sea humilde; para ser soberbio se necesita mucho.

La humildad es la verdad, es el sentimiento, la vista, el conocimiento de nuestra nada, que es la verdad que á nosotros se refiere; este es el primer problema de la antigua filosofía: *conócete á tí mismo*.

La vista de nuestra nada implica el reconocimiento de la grandeza de Dios; conocerse, es conocerle, y por eso San Agustín nunca separaba estos dos conocimientos, *noverim te, noverim me*.

La humildad es fuerza, porque es el centro de gravedad del alma, le da un asiento firme, sobre el cual, puede tenerse á plomo y basar su existencia; es pureza, porque la pureza, es la sumisión de la carne al espíritu, que deriva de la sumisión del espíritu á Dios, que es en lo que consiste la humildad; es amor, porque consistiendo el amor en darse á otro, implica necesariamente la humildad, una vez que todo lo que se rehusa el hombre á sí mismo, le sirve para acumular tesoros de amor á los demás.

Con razón es la humildad la que atrajo á la tierra al Verbo Divino, es la síntesis de todas las vir-

tudes, es la perfección misma, porque sin ella, la santidad no se concibe.

Por eso, la última de las preparaciones, digamos así, del paraíso de la Encarnación, es la humildad con que adornó el Señor esa morada suya, más pura que el Sol que ilumina los mundos.

María, colmada de tantos dones, parecía ignorar su propia perfección.

“Virgen Madre, Hija de su Hijo, decía Dante, más alta y más humilde que ninguna creatura.”

Esa virtud resplandece con luz purísima sobre el ser de la Virgen.

Así preparada, se anuncia y se realiza la venida del Verbo Divino á su seno, entre los esplendores de la humildad.

La caída comenzó por un ángel de tinieblas, la reparación por un ángel de luz.

El ángel de tinieblas, se inicia por una pregunta insolente; el ángel de luz, se anuncia por una respetuosa salutación, que expresa toda la verdad de las preparaciones divinas.

Eva con altivez responde á la pregunta, María se turba á las palabras que escucha.

Eva, tentada, se pone enfrente del mandamiento de Dios; María al recibir las propuestas del cie-

lo, recuerda la libre promesa que ha hecho de ser Virgen, y quiere asegurarse de que esta promesa no será violada.

Satanás acaba su seducción por una negativa atrevida y una promesa insensata; Gabriel decide á María por una última revelación de los designios ocultos de Dios, de sus castas operaciones y de la santidad de su fruto.

Eva ebria de orgullo, pone la mano sobre el fruto prohibido, su *fiat* será bien pronto seguido de vergüenzas y de miserias; María, siempre humilde, responde con esta frase, que es la expresión de la humildad más profunda: *Yo soy la esclava del Señor, haga en mí según tu palabra.*

Y entonces el Verbo descende al seno de María, y los hombres quedan hechos no *como dioses*, según la promesa del ángel del mal, sino *dioses* de veras, porque la carne de María, inmaculada y pura, quedó divinizada al unirse el Hijo de Dios al cuerpo formado de aquella carne virginal.

Esta es María á grandes rasgos delineada.

Esta es la Madre del Hijo de Dios, la Madre de nosotros, flacos y pecadores.

Es un consuelo tributar, á esa Virgen incomparable, un homenaje de adoración y de amor.

Nuestros labios manchados con el polvo del mundo, se sienten unguidos por la sabiduría del cielo, al pasar por ellos las palabras que todas las generaciones cristianas han pronunciado en honor de María.

Nada hemos podido, nada podemos decir de nuevo sobre esa admirable criatura, pero volvemos á repetir, es un consuelo y una gloria, reproducir lo que otros más felices que nosotros, porque han respondido mejor á las gracias del cielo, han dicho de nuestra excelsa y bendita Madre.

Ella, que mira nuestra pequeñez, pero también nuestro amor, recogerá con su mano cariñosa las humildes flores que, al cerrar el tercer año de nuestra humilde publicación le ofrece con ardoroso afán nuestra alma agradecida.

FIN DEL TOMO III.